

nes –las secuencias en la escalera donde secuestra a la segunda muchacha, todo el recorrido hasta el terraplén en que la dejará creyéndola muerta–, acaban dando una entidad heroica –mezquina y ratera, pero literariamente heroica al fin y al cabo– a un personaje insuficiente. Y no quiero tomar en serio ninguna de las vagas alusiones que se dejan ir sobre la atención que se presta a los verdugos –poniéndoles psicólogos, asistentes, abogados, psiquiatras, médicos– y la sombra de olvido e impiedad en que quedan las víctimas. No lo busco porque seguro que lo dice un personaje para expresar la rabia que lo domina.

He tenido que explicar en pocas páginas que esta novela es excelente y profundamente decepcionante, que está escrita con el dominio maduro de la técnica y la prosa y que sin embargo resulta pobre y no es, desde luego, la mejor novela de Muñoz Molina. Si he entendido la obra y su intención, creo que el planteamiento del caso concreto cuadra mal con ella. Mi recapitulación al final de la lectura, y en la relectura parcial, no va un paso más allá de donde estaba al principio por lo que hace a su asunto, lo que es su estímulo originario: el asesinato de una niña y la búsqueda exclusiva, total y absorbente (el inspector no investiga nada más) del asesino. La conclusión inexplicablemente tardía a la que llega el inspector (en las páginas 419 y 420) es la misma en la que el lector estaba ya

instalado desde exactamente la primera página. Lo que no se entendía es el empeño del inspector en fiarse de un cura, por muy rojo que hubiese sido, y por muy ascético que fuera su modo de vida. Quizá por todo ello supiese menos de lo que ha imaginado ingenuamente ese inspector, pero, bien mirado, qué ingenuidad podía conservar aún –sin olvidar los componentes de mala conciencia y su pasado familiar– quien lleva despidiendo en los entierros a tantos amigos muertos por la pistola empuñada de una mala bestia etarra. Lamento que me haya gustado poco esta novela o, más exactamente, lamento mucho que Muñoz Molina haya renunciado a hacer luz y lucidez, piedad y revelación más allá del mero espanto. Lo más paradójico es, sin duda, reconocerse admirando a un prosista y un escritor, disfrutando con su extraordinaria buena prosa –seleccione aquí sólo las tres páginas sobre las manos, antológicas, 259-262, pero también llamo la atención sobre su rara habilidad para dar pasto a la malicia de Trapiello; alguna frase está pensada para facilitar alguno de sus sarcasmos pueriles, por ejemplo: «obsesionados sin alivio posible por la magnitud y la sinrazón del infortunio» (p. 153)– y al mismo tiempo descubriéndose únicamente interesado por una trama narrativa que lo ha capturado y no le deja: eso, desde luego, el lector lo tiene garantizado.

Jordi Gracia

La polémica está servida

En 1982 escribí una reseña para la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* de la novela *En noviembre llega el arzobispo*. Su autor es Héctor Rojas Herazo y había sido publicada en España el año anterior por la editorial Espasa-Calpe, con un deslumbrante prólogo de Luis Rosales. *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez, había sido igualmente editada en 1981 y una de las cosas que me llamó la atención entre las obras de uno y otro colombiano era el similar uso que ambos hacían del idioma y las coincidencias temáticas. Como la multitud de lectores de García Márquez recordará, *Crónica* registra la llegada de un obispo el día en que Santiago Nasar es asesinado por los hermanos Vicario en el anónimo pueblo donde viven. Pues bien, *En noviembre...* también se desarrolla en una aldea de la antigua Nueva Granada. Sólo hay dos diferencias entre ellas: que el poblado de García Márquez es innominado y está ubicado tierra adentro, posiblemente a orillas de un río como el Magdalena, en tanto que el de Rojas Herazo se llama Cedrón, es puerto de mar y muy probablemente se asienta en el pedazo de costa caribeño que hay entre Cartagena y Barranquilla.

Aquella similitud episódica (y la más importante de estilo y de léxico a la que me referiré después), despertó mi interés e investigué un poco. Y así descubrí que la novela de Rojas había sido publicada catorce años antes que la de Márquez y que no era una novela en absoluto desconocida pues había recibido el premio ESSO en un concurso nacional de su país justamente el mismo año de su aparición, 1967. Como se sabe, este año García Márquez publica *Cien años de soledad*, que lo convierte de un escritor poco conocido en una celebridad. Esto es que en modo alguno Rojas podía haber sido influido por Márquez, ni temática ni estilísticamente. En todo caso, el influjo se había producido al revés, pues el primero en utilizar un prelado en visita canónica a un oscuro pueblo colombiano era Rojas, y lo mejor de la prosa garcíamarqueana está en los *Cien años*, que tantos epígonos produciría. Así pues, resultaba imposible que Rojas fuese deudor de García Márquez.

Incursionemos primero en el simbolismo novelesco de los dos eclesiásticos. El de Rojas es de mayor rango, ya que es arzobispo, en tanto que el de Márquez sólo alcanza el obispado. Uno y otro no aportan bienaventuranzas a las poblaciones en que recalán, sino lo contrario. El arzobispo es remitido por su creador a una suerte de *alter ego* del cacique de Cedrón, Leocadio Mendieta, que es algo así como la estampa de Lucifer, y la burla más implacable que se

pueda verter sobre una autoridad eclesiástica la desata Herazo contra su criatura. Unos pocos ejemplos: Auristela imagina al arzobispo como «un hombre alto, con barbas de apóstol y ojos que irradiaban un fulgor sobrenatural...» Pero en la realidad es «un italiano rechoncho, de gélida blancura, con los ojos girando bondadosamente entre las órbitas rodeadas de manchas violáceas». Para la transportada beata es como el Papa. Y más simpática y blasfematoria no puede ser la exclamación del negro borracho que lo ve: «¡Qué cura tan bonito, carajo!». A lo que otra mujer le aclara que «no es un cura (...) es su sacrarrial majestad el papa que ha llegado de Roma». Bajo estos suspiros de admiración y confusión con el pontífice recorre algunas calles y entra en la iglesia «engalanada como un navío majestuoso». Aquí se produce la burla más ácida que pueda lloverle al ilustre visitante. Rojas le hace tirarse un pedo en plena celebración de la misa con estas palabras: «... abrió las nalgas para permitir el paso de una aliviadora ventosidad». Naturalmente, en medio de la celebración el sonido no es percibido; pero el arzobispo comenta para sí: «Caramba, se puede evitar el ruido, pero no el olor». Como contraste, que no es tal sino acentuador de la burla, Auristela, mirándolo arrobada desde los primeros bancos piensa: «Gracias, Dios mío, gracias por permitirme ver y tocar a tu siervo». Y aun se llega más lejos en el sarcasmo al recal-

car la devota: «Dame fuerzas, Señor, para resistir esta felicidad». Clavando todavía más hondo la mofa, Rojas designa al arzobispo como «actor profesional», califica la sonrisa que le dedica a Auristela también de «profesional» y en su conjunto ve el acto religioso como «una suntuosa comedia».

La irreverencia de Márquez está más paliada, pero en tanto que Herazo le dedica unas pocas páginas a su «santo varón», el obispo de García abre la *Crónica* y está presente en innumerables hojas del corto relato. Llega no en noviembre sino en febrero, y trae consigo el infortunio, ya que el día de su arribo matan a Santiago. Y hay semejanza con *En noviembre* al mencionar los «fastos de la iglesia» como «espectáculo». Dice Santiago: «Es como el cine». Y no en boca del autor, pero sí de Plácida Linero se habla despectivamente del prelado: «Ni siquiera se bajará del buque —le dijo—. Echará una bendición de compromiso, como siempre, y se irá por donde vino. Odia a este pueblo».

Y en efecto, así pasa. Querían los poblanos hacerle un recibimiento apoteósico, como los de Cedrón a su arzobispo. Y Márquez, al igual que Rojas, aprovecha el acontecimiento para cebarse en una descripción satírica: «Habían puesto a los enfermos acostados en los portales para que recibieran la medicina de Dios, y las mujeres salían corriendo de los patios con pavos y lechones y toda clase de cosas de comer, y desde

la orilla opuesta llegaban canoas adornadas de flores». Pero como ha vaticinado la madre de Santiago, el obispo no desembarca, pasa «sin dejar su huella en la tierra». Ocurre así: «Fue una ilusión fugaz: el obispo empezó a hacer la señal de la cruz en el aire frente a la muchedumbre del muelle, y después siguió haciéndola de memoria, sin malicia ni inspiración, hasta que el buque se perdió de vista...» Otro dato no casual: mientras esto sucede, es decir, mientras el obispo esparce su lejana y fluvial bendición, en tierra están co-siendo a puñaladas al supuesto «dañador» de Ángela Vicario.

En fin, la existencia y aproximaciones anecdóticas del arzobispo de Rojas y el obispo de Márquez, las advierte cualquier lector no descuidado. E insisto en que entre una y otra obra hay catorce años de diferencia, y en que la de Herazo es la príncipe. Si conocía o no Márquez *En noviembre* es asunto conjetural.

Las similitudes en el logradísimo lenguaje de ambos son igualmente llamativas. Se apoyan los dos sobre todo en la adjetivación, cuya categoría de metáfora es dádiva de Borges. En mi mencionada reseña de la obra del colombiano mayor (en edad) decía yo que «el grafismo de las metáforas de Rojas Herazo las convierte en cuadros. Están llenas de una poesía sensorial que el lector ve con los ojos, pero también con el tacto, con el olor, con el gusto. Como, por ejemplo, cuando Leocadio ve desnuda por primera vez a su mujer ‘con la luz

empapándola en un jugo delicado, como si hubieran exprimido sobre ella la madera de un violín’; o el susurro distraído de Auristela, que es ‘como si volviera la hoja de un libro’; o la espantada gallina que huye a todo vuelo ‘despidiendo gotas de luz’».

Y la semejanza con la prosa garcíamarqueana casi se palpa en este párrafo de *En noviembre*: «... esa ración de júbilo que le había sido deparada más allá del horror, la equivocación, la furia y el absurdo de la tierra». Y aquí descriptivamente: «Ella trastabilló con su peso y, al intentar equilibrarse, derramó la bacinilla sobre la estera. Un olor acre, a basura intestinal, le punzó las narices y la garganta. Se asombró de lo mucho que pesaba aquel saco de huesos». ¿Y no es ésta una imagen del Macondo extinguiéndose?: «... un pueblo polvoriento, olvidado, en el cual todas las calles, incluso todos los deseos, parecían conducir al cementerio». Y más de *Crónica* es esta estampa de Plácida que *En noviembre* se llama Etelvina: «La señora Etelvina, con la bolita de jabón en su mano derecha y la toalla terciada sobre el hombro, se detuvo a escuchar los estornudos del fotingo de Páez al doblar la esquina sombreada por los almen-dros». Si en *Crónica* hallamos infinidad de acertadísimas figuras («llovizna tierna», «cuchicheo de la lumbre», «fuegos de su autoridad») y símiles de deslumbrante belleza como «astillas dispersas (en) el espejo roto de la memoria», «ese color verde de los sueños»,